

## Dr. D. Tomás Fernández Amela Cardiólogo

J. Montilla

*Pese a su cotidianidad –ha sido nuestro compañero y hasta condiscípulo–, el Dr. Fernández Amela está ya en la memoria histórica de la medicina giennense. Eso justifica su presencia en esta sección de Seminario Médico, y la exégesis, fervorosa pero justa, del Dr. Montilla Bono: un recuerdo emocionado para un gran hombre y eminente cardiólogo.*

(J. M.ª SILLERO)

**E**l pasado 29 de marzo, Jaén perdía para siempre a un giennense, al Dr. D. Tomás Fernández Amela, un hombre que ha dejado en el corazón y en los sentimientos de tantas familias de Jaén recuerdos imborrables y una huella tan honda como ejemplar y querida.

El Dr. Fernández Amela no sólo fue el cardiólogo experto, que tantas veces libró de una muerte inminente a muchos jaeneros que hoy le sobreviven. En su personalidad, había algo más, y probablemente tan importante como su propia ciencia, algo sutil, impalpable que se transmitía y calaba en cuantos le conocían o trataban y de forma muy especial en sus severos enfermos de corazón y en sus apenadas familias.

Se ha dicho que, frente a la vida, se puede tener un sentido trágico, otras veces un sentido serio. Son cualidades fáciles de entender e incluso de practicar, pero un contenido a su vez pleno de humor y benevolencia frente a la precariedad humana, es un don poco común entre los hombres, producto de una capacidad inteligente, ágil y generosa. Así era Tomás.

El profesor Marañón se lamentaba, en una interesante conferencia sobre el Padre Feijó y la Ciencia Española en el siglo XVIII, de que «la influencia y repercusión de auténticos genios provinciales quedara triste-

mente limitada a grupos de profesionales, de amigos y lo más habitual pasara desapercibida».

Me vienen a la memoria estas palabras del Prof. Marañón porque pienso que el estilo de vida que nos enseñó el Dr. Fernández Amela, científicamente no sería perdonable que se perdiera, y sería deseable que un biógrafo profundo y pensador lo estudiara y publicara.

Por mi parte, consciente de mis limitaciones, pero también de las obligaciones del afecto y del deber intentaré de forma sucinta recordar la figura de don Tomás en su niñez, en su época de estudiante y como cardiólogo. También sus inquietudes artísticas y arqueológicas. Su familia y amigos, y finalmente Tomás como «Maestro de su Vida».

### Dr. D. Tomás Fernández Amela: Infancia y juventud

Nació en el año 1928, en la plaza de Cervantes; en aquella plazoleta, también para mí llena de recuerdos y nostalgias porque allí viví también yo de niño durante la guerra, y hasta el año 1950. En aquella plazoleta tan del Jaén antiguo, donde estaba la fábrica de Cerveza «El Alcázar», con su romántica y desvencijada camionetilla ¡cuantos recuerdos!, allí nació Tomás.

La guerra le cogió con 7 años. Unas monjas refugiadas en la casa le enseñaron a leer

y Pepe Moreno, después aviador del Ejército del Aire, le enseñó a sumar y restar. Su colegio lo habían cerrado con la guerra, así que a multiplicar ya no le enseñaron hasta los 10 años.

A pesar de esta primera enseñanza, a saltos, y tan belicosamente influenciada, terminada la guerra inició sus estudios en el Instituto y a los 16 años era Bachiller, comenzando la carrera de Medicina en la Universidad de Granada.

Su vida estudiantil, en la vieja Granada de entonces, discurre en dos etapas; la primera, en el Colegio Mayor de San Bartolomé y Santiago, en una época en la que sus alumnos aún vestían un «manto», reliquia que se seguía manteniendo desde el siglo XVII y XVIII, para asistir a las clases y permanecer en el colegio.

La otra época, en las inolvidables y recordadas pensiones estudiantiles, «casas de la Troya» -Tomás estuvo primero en la de «Doña Sieteculos» y después en «doña Satu»-. Las anécdotas de aquella época ocuparían un libro, pero había que oír las de Tomás; intentar transcribirlas sería empobrecerlas, porque lo inolvidable y gratisimo era oírse las a él.

Terminó la carrera de Medicina a una edad verdaderamente temprana, con 22 años.

Ya médico, siguió en la Universidad para realizar la Tesis Doctoral e iniciar su especialización de Cardiología.

La Tesis Doctoral sobre «Pruebas de Floculación», dirigida por el Profesor González Castro, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, supuso un éxito, accediendo al título de doctor en Medicina a la edad de 23 años.

Ya Doctor continuó sus estudios de especialización con el eminente cardiólogo español Dr. Azpitarte, del que pronto fue su colaborador predilecto.

Tomás Fernández Amela, doctor en Medicina y especialista en Cardiología, tuvo muchas oportunidades brillantes en muchos Centros de España, pero Tomás, jaenero por los cuatro costados y enamorado de una giennense, Remedios Herrera, hija del inol-

vidable y también ejemplar abogado don Antonio Herrera Murillo, se instaló en Jaén y a Jaén le ha dedicado su vida con generosidad y su extensa labor profesional como cardiólogo.

Se casó con Remedios, tuvo 3 hijos, María Remedios Fernández-Amela Herrera, psicóloga y autora de una obra recientemente editada con gran éxito, «Al otro lado de la pared»; Aurora, licenciada en filología inglesa, y Tomás, A.T.S del Hospital Ciudad de Jaén.

#### El Dr. Fernández Amela, cardiólogo

Como cardiólogo, su trabajo asistencial en Jaén y Provincia ha sido impresionante, verdaderamente gigantesco. Trabajo continuo, sin descanso, de mañana, tarde y muchas veces noche. Habitualmente, con enfermos graves y de grave responsabilidad. Trabajo tenso, tensísimo por los pronósticos severos, poco esperanzadores y que el Dr. Fernández Amela, sabía, como nadie darle ese «toque» tan suyo para ser aceptados de forma objetiva y a su vez sentimental y tranquilizadora.

Sirva de ejemplo el primer paciente trasplantado de corazón en Andalucía. Se trataba de un enfermo diagnosticado y controlado por los Dres. Fernández Amela y Pagola. El planteamiento y la decisión a tomar por el paciente y familia en aquellos momentos era muy arduo ise trataba del primer trasplante de corazón en Andalucía!

Tomás fue sencillo, sin falsas promesas ni expectativas, pero con ese don que le permitía transmitir, junto a la penosa realidad, una esperanza que parecía emanar directamente de su personalidad. El enfermo fue al quirófano confiado y el resultado un gran éxito. Amigo entrañable del cirujano cardiovascular Dr. D. Ramiro Rivera López, también de Jaén, colaboraron activamente, y son muchos, muchísimos, los pacientes de nuestra Provincia que diagnosticados por el Dr. Fernández Amela, fueron intervenidos por el prestigioso cirujano giennense.

Al Dr. Fernández Amela le cabe el honor de haber sido co-fundador de la Asociación de

Cardiólogos del Sur, de cuya junta directiva formó parte, logrando que Jaén fuera sede de la importante Reunión de la Asociación de Cardiólogos del Sur en el año 1977.

En el año 1974 formó parte del equipo de profesionales que inauguró el Centro de Diagnóstico y Tratamiento, siendo Jefe de la Sección de Cardiología, el primer Servicio Provincial de Cardiología que tuvo Jaén, lo que le permitió ampliar enormemente su ya extensa labor asistencial. Posteriormente, y enriquecido el Servicio de Cardiología por nuevos y eminentes cardiólogos, fue Jefe de la Sección de Cardiología de la Residencia «Capitán Cortés» —hoy Hospital Ciudad de Jaén—, donde ha seguido trabajando hasta que una enfermedad crónica y cruel le obligó con infinita amargura a decir adiós a lo que había sido una parte tan importante de su vida, la Cardiología.

#### D. Tomás Fernández Amela: sus inquietudes artísticas, su familia y sus amigos

Siempre tuvo Tomás gran sensibilidad artística y aficiones históricas, en particular por la arqueología, la escultura, pintura, fotografía y, muy especialmente, por la talla en madera, aficiones que no dejan de ser relativamente frecuentes entre médicos. En otras personas, este tipo de aficiones quizás hubieran contribuido a encerrarlo en su estudio o taller de trabajo, pero a Tomás, como por encima de todo fue un gran cultivador del compañerismo y gozaba como nadie con los amigos, estas aficiones le llevaron a ampliar el ya gran círculo de sus amistades entre pintores, escultores, arqueólogos..., y de esta forma, Tomás vivió como un hombre del renacimiento rodeado, no solo de científicos, sino de los más reconocidos artistas de Jaén, de los que aprendió a tallar y pintar... y sobre todo compartió el calor y el orgullo de su amistad. Tomás fue un entusiasta de la pintura jienense, y era habitual encontrárselo en los estudios de los grandes pintores y escultores que siempre tuvo Jaén.

De su relación con los pintores nos ha quedado un importante legado. Un retrato al

óleo de Tomás, vestido con toga de doctor, de José María Tamayo, el recordado pintor que tanto prestigio dio a la escuela jienense y otro retrato del maestro Cerezo en el que a su realista estilo se suma su fuerte proyección psicológica.

Del maestro Vicente Castillo aprendió a manejar las gubias y a tallar la madera. Tomás se entusiasmó con la talla, y hoy, tanto en su casa como en la de sus amigos, se conservan gran variedad de trabajos suyos originales, inspirados en obras antiguas.

La pintura al óleo, el dibujo a pluma, el pirograbado, la fotografía, todo fue motivo de ensayo y estudio unás veces como autodidacta otras siguiendo los consejos y enseñanzas de maestros. En fotografía tuvo sus pequeños éxitos y hasta ganó un concurso provincial en el año 1960. Otra de sus grandes aficiones fueron las antigüedades, afición que compartió intensamente con don Santiago Márquez. Santiago, más que un amigo, llegó a ser un verdadero hermano de Tomás toda su vida.

Entre sus polifacéticas aficiones destaca su interés por la arqueología; amigo y colaborador de Constantino Ungueti, formó parte del grupo «Amigos del Museo», contribuyendo y fomentando donaciones de particulares al Museo Provincial y rescatando importantes piezas que hoy se exhiben en nuestro museo, algunas de ellas conseguidas tras anecdóticas situaciones como la del Cerro Alcalá (Cambil). Enterados de una pieza que se encontraba enterrada en la linde de un olivar, allá se fue con otros entusiastas de la arqueología a ver si rescataban tan interesante pieza; cuando al fin la encontraron, y cuidadosamente iniciaron la pequeña excavación para sacarla, apareció un señor que les gritaba de forma amenazadora, y Tomás, muy conciliador, le dijo, «no se preocupe, si tenemos permiso del dueño», «¿Cómo del dueño?», gritó el señor, «¡si el dueño soy yo!», al final el espíritu pacificador del Dr. Fernández Amela, se impuso y la pieza hoy se exhibe en el Museo.

Otra pieza, un candil árabe casi intacto, proveniente del Cerro de Santa Ana (To-

rredelcampo), luce hoy en una vitrina del Museo. En una excursión organizada por Tomás con la idea de enseñar y fomentar en los jóvenes del Megatín el respeto e interés por su historia, organizó una excursión al cerro Miguelico, donde se encuentran los restos de la Muralla Ciclópea. Jugueteando por allí los jóvenes, e interesados por aquellas viejas piedras, Rosa María Rodríguez Bueno observó algo extraño que le pareció la oreja de un conejo y que después al ser examinada pudieron ver que se trataba de tan importante hallazgo.

Otra aportación, ésta importantísima, fue un toro ibérico que un amigo del Dr. Fernández Amela tenía en su finca de Mancha Real y al que Tomás animó para donarlo al museo. Puestos de acuerdo, Tomás se apresuró a ir a Mancha Real, encontrándose la pieza medio hundida en el suelo limoso de una alberquilla. Afortunadamente, en el coche llevaba los artilugios de otra de sus aficiones, la pesca; se calzó las botas de goma y él mismo entró en la alberquilla, agarró el toro y lo sacó en sus brazos. Hoy figura en el museo junto a monedas romanas, vasijas ibéricas, y otras piezas en alguna forma conseguidas o rescatadas por el Dr. Fernández Amela.

La otra gran faceta, sin la cual la personalidad de Tomás quedaría desdibujada, fue su sentido religioso de la vida junto al cariño por los amigos. Su culto a la amistad. Estos sentimientos le llevaron a participar en muchas actividades del Jaén de entonces y así fue miembro fundador de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia y Ntra. Sra. de las Lágrimas (Cofradía de los Estudiantes) y de la Hermandad del Stmo. Cristo de la Humildad y Silencio (Cofradía del Silencio). También fue Rector y Profesor del movimiento de Cursillos de Cristiandad.

Su relación y trato con amigos y pacientes era tan peculiar que ha ido dejando huella durante todos los años de su vida, quizás más que cualquier otra cosa. Siempre tenía un chiste, una anécdota o un refranillo preparado para agradar a su interlocutor.

Culminación de su culto a la amistad fue su tertulia de los últimos años. Un grupo de entrañables amigos que se reunían diariamente y que se autodenominaron «Los Inútiles»: todos eran jubilados. Tomás nunca dejó a «los inútiles» ni «los inútiles» a Tomás cuando ya en carrito de ruedas no podía ir a sus reuniones; «los inútiles» se arreglaban como podían para trasladarlo ellos mismos a la reunión, y Tomás siguió participando de las reuniones con la jovialidad de siempre hasta el final... y aún más, el día del funeral, al volver del cementerio el grupo de amigos, hundidos en pensamientos desconsoladores, Esteban, como hablando consigo mismo, decía «no ha venido su esquila en el Jaén», y Diego recordó que Tomás en las últimas reuniones decía con tono festivo «vosotros creéis que un día vais a ver mi esquila en el Jaén... sí, sí,...os vais a enterar». Su esquila no apareció en efecto en el Jaén, ¿fue la última broma que Tomás quiso gastar a «los inútiles», sus entrañables amigos?

Recordando lo que fue su vida, lo vemos siempre en mangas de camisa, nunca tenía frío, era tan amigo de los ricos como de los pobres, de los cultos como de los incultos, nunca fue presuntuoso ni amigo de lujos, su lugar preferido siempre fue la segunda fila y nunca le interesó el poder.

Su trabajo, sus aficiones, lo que fue su vida ya lo hemos visto y recordado.

Desde que se le diagnosticó el mieloma fue perdiendo sus actividades, la primera y quizás más dolorosa: decir adiós a sus enfermos y a la cardiología; después, en la medida que la enfermedad fue minando sus posibilidades, tuvo que ir diciendo adiós una a una a las hermosas ilusiones que habían llenado su vida. Cuando ya no podía salir se contentaba con estar en el Megatín en su taller de «madericas» u oyendo música clásica, cuando perdió el oído se dedicó a pintar a plumilla, cuando no podía andar leía, cuando apareció el temblor, la comida le sabía a paja y ya en su carrito de ruedas sus limitaciones eran extremas, entonces conversaba más con sus amigos, pero nunca

se adivinaba en él la enfermedad que le atezaba, despertando en todos la admiración y el respeto por su serenidad y equilibrio.

Al fin, un 29 de marzo del 98, Tomás nos dijo adiós para siempre.

**Dr. D. Tomás Fernández Amela: «Maestro de su Vida».**

Debo anticipar que, siendo grande el afecto que siempre he sentido por el Dr. Fernández Amela, lo que realmente me ha empujado a escribir no ha sido ni la amistad ni el afecto, sino el convencimiento de que sería imperdonable que se perdiera estérilmente la lección que como «Maestro de su Vida» nos dio Tomás.

Este mundo, tan convencido y orgulloso de los avances materiales, se despreocupa o se hace el sordo ante cualquier posible aportación que pudiera suponer un avance en las relaciones humanas y contempla con sorprendente insensibilidad desde las mantanzas a las hambrunas, y lo que siendo menos espectacular, pero más constante, diríamos que diario, el deterioro interpersonal en el trabajo, y en nuestra vida social en general, incluso en el amor.

Pero no vamos a enfrentarnos a esos grandes problemas... nos vamos a referir a vivencias de la vida cotidiana y corriente a nivel personal, y también a los problemas transcendentales que la vida, como tal vida, nos plantea.

A poco que nos analicemos es muy fácil comprobar, sin excesiva sorpresa, que hay formas de reaccionar que vemos repetirse en ciertas personas como un patrón inevitable y poco variado para cada individuo. En unas personas, ante un conflicto —muchas veces ni conflicto— la respuesta es la depresión y se hunden en una vida amarga. En otras es la impulsividad, lo que hace que sin medir el alcance de sus reacciones provocan situaciones injustas y muchas veces insostenibles.

En otras, a lo mejor muy buenas, es el no pensar en los demás, lo que les hace pasar

la vida haciendo daño sin apenas darse cuenta.

En muchas otras es el orgullo, la soberbia, la prepotencia lo que convierte la convivencia, lo mismo familiar que laboral, en un insufrible aguantar. En otras de peor catadura es el egoísmo sin frenos lo que las hace peligrosas.

En muchos, la envidia, ese sufrimiento ante el éxito de los demás, lo que los tiene mártires.

También en algunos, no pocos, es el pobre control de su «inteligencia emocional», lo que ocasionalmente los hace agresivos.

El número de patrones, de formas de reaccionar, muy individuales y que caracterizan a muchas personas, se podría multiplicar y lo que es lamentable, la mayoría de esos patrones, son como bayonetas que hacen a veces crueles las relaciones entre personas.

Al Dr. Fernández Amela todo el mundo lo quería. Yo no he encontrado jamás una persona que no se refiriera a él con afecto y admiración. Al comentar su fallecimiento con mi hijo, que hace años que no vive en Jaén, enseguida exclamó al recordar, «¡Ah, sí, qué gran persona, que simpatía tenía, lo recuerdo de forma especial!». Lo había conocido sólo unos días en el Hospital hace 25 años.

Lo mismo me sucede a mí cuando hace nada menos que 53 años fui médico ayudante de su padre, el Dr. D. Tomás Fernández Cañada, médico del viejo Hospital de San Juan de Dios. Aún tengo grabados en mi retina sus gestos y palabras de simpatía y el recuerdo imborrable de lo querido que era. ¿Cuál es el secreto de estos hombres?, ¿qué misterioso patrón de vida tuvieron?

Sería muy arriesgado y excesiva la pretensión de suponer que tengo el necesario conocimiento de Tomás y la suficiente preparación para analizar y ahondar en ese inapreciable patrón, de estilo de vida. Sin embargo, son muchos los biógrafos que escriben de personajes pretéritos sin otros datos que viejos papeles y documentos.

Yo, al menos, he trabajado con el Dr. Fernández Amela, he compartido con él situa-

ciones dramáticas, algunas muy dramáticas como fue la pérdida de su hijo Tomasete, afectado cruelmente de una cardiopatía sin solución en aquella época. También otros momentos gratos que, sin duda, precisamente por su presencia, se han hecho inolvidables.

Al Dr. Fernández Amela siempre lo admiré mucho y siempre me llamó la atención esa estela de sonrisas y afectos que despertaba. Desde hace muchos años me he estado preguntando ¿Qué tiene Tomás, que todos lo quieren y se sienten felices a su lado?

Por tanto, lo que a continuación comento no es improvisación ni tampoco fruto de la nostalgia que deja el amigo perdido, cuando después del tiempo se borra todo lo negativo y sólo recordamos lo bueno.

Lo que voy a intentar resumir lo vengo pensando hace muchos años y si soy sincero, también desde hace años intento asimilarlo para mí.

El Dr. Fernández Amela, ante todo, no era impulsivo. Ante cualquier pregunta o situación, miraba, movía la cabeza, era reflexivo.

Era muy crítico. Tenía una gran habilidad para profundizar en el origen de los problemas.

Le gustaba la verdad, encontrarla y desnudarla. Verdades al desnudo. Tenía una rápida intuición. Todo eso era natural en él. Su lógica, sagaz y lúcida, adquiría características peculiarmente especiales porque rodaba sobre verdades cristalinas, sin tapujos ni concesiones.

Pero esas cualidades las tienen muchas personas, lo que no impide que puedan resultar indiferentes incluso intransigentes o duras, aunque afortunadamente otras, muchas, muchísimas despiertan nuestra admiración, nuestro respeto y cariño.

Sin embargo, en Tomás había un algo más, difícil de analizar, pero que no sólo despertaba respeto y afecto, era algo que cautivaba y hacía compartir su humor y su dicha.

¿Qué era ese algo que tanto le caracterizaba?

Posiblemente los efectos de una afortunada combinación de bondad, benevolencia, ponderación y humor. Después, como los problemas y las cosas varían tantísimo según el ángulo de mira, ahí tenemos nuestro castillo tan polifacético según desde donde lo miremos, Tomás, cuando se enfrentaba con los problemas o problemillas suyos o de los demás los analizaba con su crítica sagacidad, pero a la hora de reaccionar o de hablar siempre lo hacía desde el punto de vista más conciliador, con una profunda comprensión humana, un enfoque armónico del problema, palabras suaves y una benévola sonrisa. Ese era Tomás, el de cada día, el que siempre recordaremos, el Tomás amigo de todos y de tantas anécdotas inolvidables.

Pero las horas trágicas tuvieron que llegar para el bueno de Tomás. Un día unos papeles, unos cochinos papeles—los resultados de unos análisis— le anunciaron fríamente, su sentencia. Sufría una enfermedad de las que no perdonan, prácticamente incurable y él, médico, lo sabía ¡vaya si lo sabía!... y hubo que aceptarlo cuando estaba en su plenitud, cuando la profesión más le entusiasmaba, y con su equipo de cardiólogos estaba alcanzando los más altos niveles que tuvo Jaén, cuando su dicha crecía y crecía con los éxitos de sus hijos y el ejemplar equilibrio de su familia, cuando la vida le devolvía como acariciadoras olas del mar el reconocimiento de sus desvelos, de su entrega y de tantas ilusiones en el trabajo... Entonces, sin piedad, aquellos papeluchos, aquellos análisis, dictaron un veredicto sin esperanzas.

Pero Tomás, Tomás no dejó de sonreír... Recuerdo el día que por primera vez me contó su enfermedad; la refería con la mayor naturalidad, incluso con su humor de siempre, y al observar cómo yo me iba quedando impresionado me sacudió diciéndome: «Pepe, si me he pasado la vida mandando reposo, cuando no duras intervenciones quirúrgicas a mis pobres enfermos, ¿me voy a quejar ahora que me toca a mí?... y en su expresión se dibujaba la tranquilidad y una profunda resignación, no exenta, yo diría

que de una misteriosa alegría al sentir próxima la llamada de Dios. Incluso sonreía como para animarme a mí. Era la otra gran fuerza de Tomás, su profundo sentido religioso de la vida y su fe.

Un día le llamé por teléfono, yo no sabía nada. «Tomás, ¿qué tal?». «Aquí con mi querida» respondió. «Tomás, ¡pero hombre!». Exclamé. «¿Pero, Pepe, no sabías que me he echado una querida?». Tomás se había quedado paralítico... La querida era su silla de ruedas... ni el amenazador pronóstico de su enfermedad, ni sus terribles complicaciones habían logrado arrancar de Tomás ni su inexpugnable serenidad y alegría ni esa maravillosa virtud de hacer sonreír

y felices a cuantos le rodeaban o escuchaban. Ese era Tomás, un ejemplo entre los hombres, un estilo de vida... que yo creo deberíamos aprender todos y enseñarse en las escuelas.

Después de 53 años dedicado al estudio y problemas de los niños, perdón, pero me siento con autoridad para afirmar que un legado humano como el que nos dejó el Dr. Fernández Amela debería enseñarse en las escuelas. ◀

---

**J. Montilla Bono, *Pediatra.***

---